

1993: Pese a todo, Mercado Unico

FUE un sueño de los fundadores en 1957, y hoy, 35 años más tarde, es ya una realidad fáctica pese a quien pese. Los fundadores del entonces sólo Mercado Común Europeo aspiraban a crear más adelante (¿cuándo...?), un espacio económico sin fronteras interiores. Y el sueño ha tenido que continuar durante treinta años hasta que el presidente de la Comisión Europea, Jacques Delors, lo formuló en 1985 en su «Libro Blanco del mercado interior» que contenía un proyecto global tan ambicioso como minucioso.

Estamos comenzando el año 1993, ya en vigor, aunque no sea al cien por cien, el «Acta Unica Europea», y como suele ocurrir en estos momentos de gran trascendencia, las metas no se han alcanzado todavía, ni el Tratado de Maastricht acaba de salir de la marcha lenta en que lo sumieron tan sólo unos cuantos votos daneses. Dinamarca, a caballo entre la Europa centro y la Escandinavia marginal a la que pertenece, carece todavía, evidentemente, del cálido espíritu europeísta de casi todos los demás. Pero su ajustado referéndum negativo bastó para desencadenar el espíritu de la duda en otros. Francia, Inglaterra, la crisis monetaria han enturbiado el final glorioso de este año 92, en el que la doble

crisis (europeísta y económica) ha aflorado en toda su magnitud.

¿POR *qué esta crisis? Las explicaciones se apelotonan, y casi todas contienen algo válido. Quizá una suma sintética de ellas sea que el crecimiento económico del mundo occidental venía siendo excesivo, sobre todo en comparación del paralelo desastre comunista. Al resolverse el enfrentamiento de sistemas, que actuaba como motor de numerosas motivaciones, el mundo occidental ha comenzado a sentir el «horror vacui» y se ha ido encontrando falto de estímulos para mantener el ritmo anterior. La crisis económica, siguiendo una dinámica recurrente en economía del desarrollo, era o necesaria o inevitable, como lo han sido todas las demás crisis de crecimiento experimentadas en el mundo occidental desde los comienzos de la industrialización. A la euforia sucede la hartura y a la hartura, el desaliento y la inseguridad, hasta que las exigencias fundamentales van creando nuevamente los nuevos proyectos de desarrollo.*

Todo esto puede parecer demasiado teórico, porque en economía —se dice— todo son habas contadas, y, en el fondo, todo se resuelve con la cuenta de la vieja. Es decir que, según esta simplificada opinión, lo que ocurre es que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades (en España, más), y que hay que volver al realismo.

El análisis podría ser certero y, sin embargo, coexistir con procesos harto más complicados. La Comunidad Europea es uno de estos procesos. Posiblemente no haya habido en la historia un esfuerzo deliberado de mayor complejidad y envergadura puesto en marcha por grupos de iluminados geniales y por técnicos de alta cualificación, en beneficio de una enorme sociedad de características originarias tan heterogéneas. La crisis a la que asistimos desde el referéndum danés acerca del Tratado de Maastricht pone a prueba la sinceridad de los pueblos implicados en la construcción europea. Su coincidencia con la recesión económica mundial ha aumentado la confusión y acentuado el pesimismo de algunos.

No obstante, la Comunidad Europea ha sido y sigue siendo —más allá de toda duda— el sol del universo político-económico del mundo. A la Comunidad Europea miran con admiración y con envidia todos los países del planeta, sumidos en dificultades permanentes. Para los que surgen del escombros comunista es un ejemplo de eficacia y un polo de atracción. Para los subdesarrollados es la nueva Jauja. Para los aristócratas de la EFTA, la CE es un empuje ascensional que no podrá ser ignorado en el futuro y al que hay que ir homologándose. Y para los Estados Unidos y el Japón, un competidor peligroso que se sale, cada vez con más fuerza, de su eficaz control.

Hoy día, en el zarandeo del ciclón, las excelencias de la CE se eclipsan momentáneamente. Es el momento del resurgir conservador que sigue a toda revolución. Cada uno tiende a mirar por sí mismo, desconfía de los amigos de la víspera y maldice la hora en que se embarcó para disfrutar de las ventajas del crucero sin contar con las posibles emergencias.

Es el momento de los miopes, de los impacientes, de los egoístas. Es el momento de los faltos de memoria histórica, de los nacionalistas insolidarios. ¿Será también el momento de los que, aun siendo pocos, tienen más razón que el resto? En rigor lógico, es posible, aunque no sea probable.

NO hay que apurarse en exceso. El temporal pasará como otros tantos, se repararán los daños. Entre otras razones, porque ni es el primero ni será el último que la propia Comunidad Europea ha debido padecer en su todavía joven vida.

Ya se va pudiendo escribir una historia de la Comunidad Europea. Comenzó en 1957 con seis países, se amplió a nueve en 1973 y a doce en 1989. Y el crecimiento numérico no es nada en comparación de su creciente densidad. A lo largo de todos estos años ha ido naciendo un nuevo tejido social, cada vez más complejo e irreversible, compuesto de regulaciones, ordenanzas, proyectos comunes, fondos estructurales, programas de ayuda mutua y ayuda a terceros, políticas conjuntas de investigación y desarrollo, eliminación de trabas interiores, creación de nuevos estándares

productivos, preservación de la naturaleza, consultas mutuas a todo nivel, foro de ideas políticas y económicas..., etc. De los 269 proyectos de ley presentados por Delors en su «Libro blanco» para la realización de un mercado común interior, han sido ya aprobados por la más alta instancia (Consejo de Ministros de la CE) más del 90 por 100 y puede decirse que el 75 por 100 de los reglamentos están ya incorporados al estado de vigencia legal en los países miembros.

CURIOSA y paradójicamente, han sido los daneses los que, desde su famoso «NO» en el referéndum sobre Maastricht, han trasladado el 90 por 100 de la líneas directrices comunitarias a su derecho nacional, situándose de este modo a la cabeza de la incorporación comunitaria, seguidos por Francia, Portugal, y en tercer lugar, por Alemania. El mercado comunitario ya no puede ser bloqueado por los flecos que todavía faltan y puede decirse por tanto que ya está funcionando de hecho.

*Pero debe ir calando en nuestra mentalidad, poco acostumbrada a trabajar con desinterés a largo plazo, que este nuevo mercado único que está comenzando a funcionar oficialmente desde el 1 de enero de este 1993, requiere por de pronto paciencia e intuición comprehensiva. Ni es un mercado perfecto desde el principio, ni tampoco un sistema cerrado, proyectado y construido hasta el último detalle como un coche de lujo que sale de fábrica. Tampoco se trata de un inmenso supermercado, que anuncia cada día con vivos colores las más diversas, baratas y abundantes ofertas. El Mercado Único (321 millones de habitantes) es esencialmente un grandioso **marco de posibilidades** ofrecido a quien esté dispuesto a encontrarlas y aprovecharlas.*

El reproche de que España «está en venta» o «va a ser colonizada» es duro, doloroso y no poco verdadero. El origen de este fenómeno no es fácilmente descargable en responsabilidades muy concretas que nacen tanto de las inercias (todavía) de nuestra decadencia como del prodigioso avance del último cuarto de siglo.

Pero el sentido de frustración nace, sobre todo —no únicamente—, de las mentalidades empresariales,

insuficientemente formadas, envejecidas o simplemente inertes que, tras decenios de estar oyendo que viene el lobo, han sido incapaces de movilizar energías, unificar esfuerzos, modernizar adecuadamente los procesos industriales, reinvertir beneficios, salir de las propias fronteras, competir en imaginación. Y ahora, en el momento de la verdad, estas empresas van a caer a racimos. ¡Lastimosamente, hay que decir que bien caídas están! Sólo que en su desaparición arrastrarán al desempleo miles de trabajadores, muchos de ellos ya nada jóvenes, para los que el Mercado Unico va a significar la miseria, a menos que la sociedad y el Estado arbitren recursos extraordinarios.

Al margen de esta indudable negatividad, hoy es día de saludar el gran salto hacia adelante de Europa y no vamos a regatear los elogios esenciales que esta empresa merece.

Porque el Mercado Unico no es ni una aventura ni una opción libre. Es una necesidad que de uno u otro modo debía llegar.

YA hace mucho tiempo que los europeos se han dado cuenta de que los mercados nacionales son demasiado pequeños para poder producir sólo para ellos con costos aceptables. Y esto vale incluso para Alemania, hoy día el mayor mercado nacional. Las antiguas fronteras, con sus permanentes obstáculos al comercio, hubieran ido destruyendo las posibilidades de futuro de las economías europeas. Sólo si el gran mercado se hace realidad podrá la industria europea competir a cara de perro con América y Japón. Es una palmaria cuestión de supervivencia.

Y los augurios son favorables si dejamos de mirar con desánimo nuestro desplanchado pantalón y adquirimos conciencia de responsabilidad con referencias europeas. Un ejemplo puede dar la pauta. Desde el proceso iniciado en 1985 con el «Libro Blanco», la participación de los países miembros en las exportaciones de conjunto han subido del 54 por 100 a más del 60 por 100 y se han creado millón y medio de puestos de trabajo (no se nos diga que en España ha aumentado el desempleo. Nuestra pertenencia al club es demasiado reciente y nuestros males estructurales, hoy por

hoy, demasiado ostensibles, corregidos y aumentados por una más que defectuosa administración).

POR otra parte el Acta Unica Europea no es solamente de carácter económico. Es mucho más de lo que los padres fundadores habían concebido en Roma en 1975. Queda por delante la unificación de la seguridad interna, prevista en el Acta, pero todavía no del todo a punto, mediante el establecimiento de una justicia europea bien coordinada, y de una policía protectora y eficaz. Queda la aplicación de la doctrina social y los programas de protección medioambiental. Queda la política exterior y de defensa común, los progresos mancomunados en todas las ramas del derecho y la protección interna frente a asuntos de interés no ya nacional, sino común (droga y terrorismo), así como el tratamiento de situaciones humanas delicadas como las migraciones o el derecho de asilo. Y quedan las consecuencias prácticas de la nueva ciudadanía europea, nuevos estilos políticos..., etc.

Con todo esto, ampliable hasta límites hasta ahora no pensados, ya se ve que el desarrollo del Libro Blanco ha sido solamente una etapa. Es importante para nosotros —concretamente como españoles— adquirir conciencia europea, insistir más en los deberes que en los derechos y aportar nuestro orgullo nacional, tantas otras veces estéril, a potenciar esa nueva «unidad de destino en lo universal» que es la Europa que se está realizando.